

PT2474

58

D7

v.1

DRAMAS DE SCHILLER



FONDO
PEDRO REYES VELAZQUEZ

SCHILLER Y SUS POESÍAS.

I.—APUNTES BIOGRÁFICOS. — II. CRÍTICA GENERAL
DE SUS OBRAS POÉTICAS.

I. Apuntes biográficos.

Juan Cristóbal Federico Schiller nació en Marbach, pequeña ciudad de Wurtemberg, el 41 de Noviembre de 1759. Su padre, Juan Gaspar Schiller, era un hombre franco, sencillo y piadoso, y de talento natural, aunque poco cultivado. Fué, en su principio, cirujano barbero militar, sirviendo después como oficial de ejército, y habiendo obtenido el empleo de capitán. El Duque de Wurtemberg lo encargó de la escuela forestal y agrícola, fundada por él en su castillo de recreo denominado *La Soledad*.

La madre de Schiller, Isabel Kodweiss, era una mujer sin pretensiones de ningún género, pero sensible, apasionada por la música y la poesía, entusiasta y visionaria, con sus puntas de poetisa, muy religiosa, y adorando á su marido y á su hijo. Desde los primeros años de éste, le inculcó la afición al estudio, á los versos, y á las tradiciones y cuentos populares. En España hubiera pasado por una señora instruida, no así en Alemania, en donde en aquella

época, y más en nuestros días, son muy comunes las mujeres que, sin pedantería ni afectación, poseen conocimientos literarios tan sólidos como extensos y variados, adquiridos sin maestro por ellas mismas.

Piadoso por carácter y por educación, se le destinó desde luego á la carrera eclesiástica; y con este objeto, desde los seis á los nueve años, en la aldea de Loreh, situada en las fronteras de Baden, recibió sus primeras lecciones del pastor Moser, haciendo grandes progresos en la enseñanza. A los nueve años, se trasladó con sus padres á Luisburgo, asistiendo á su escuela. Allí gozó por vez primera del placer de visitar el teatro, espectáculo que hizo en él una impresión indeleble. El Duque de Wurtemberg había fundado entonces un establecimiento de estudios militares en *La Soledad*, y sus alumnos habían de ser hijos de oficiales. Schiller, ya de trece años, que reunía esta circunstancia, con vocación ó sin vocación para la milicia, y contra la voluntad de sus padres y á su pesar, hubo, pues, de entrar en ella para no disgustar á su protector y al de su familia. Cuatro años después pasó esta Academia á Stuttgart, y el joven Federico, siempre por complacer al Duque, se consagró al estudio de la medicina. Su afición á la poesía no lo dejaba nunca; y aunque con muchos disgustos y contrariedades, devoraba á hurtadillas las obras de Klopstock, de Uz, Haller, Lessing, Gerstenber y Göthe, y la traducción de Shakespeare, hecha por Wieland. Los escritos filosóficos de Mendelssohn, Sulzer, Lessing, Herder y Garve ocupaban también su tiempo.

Cuando apenas contaba veintiún años, comenzó á componer *Los Ladrones (Die Räuber)*. Poco después fué colocado como médico en uno de los regimientos wurtenburgueses. *Los Ladrones*, impresos á su costa con mucho trabajo, careciendo de medios pecuniarios, llamaron desde luego la atención, pero desagradaron, así como otras poesías

del joven vate, á su poderoso señor, creyendo observar éste en sus creaciones falta del respeto y consideración que se le debía, hasta el punto de mandar á Schiller que abandonase estos devaneos, y que se dedicara solamente al arte de Esculapio. *Los Ladrones*, sin embargo, se representaron en Mannheim, invitándose al autor á asistir á su estreno; pero no siéndole posible recabar licencia de su superior, por los motivos indicados, se encaminó en secreto á Mannheim, y presenció su primer triunfo dramático, en extremo ruidoso. Otro viaje secreto, que hizo á la misma ciudad, fué descubierto, castigandosele con arresto, por cuya razón se indispuso aún más con el Duque. Temiendo, pues, que le sucediera lo que á Schubart, encerrado por diez años en una fortaleza, por haber incurrido en el desagrado de su señor publicando una noticia falsa, y desesperanzado de obtener una licencia legal, tomó la resolución de huir de Stuttgart.

Refugiado en Mannheim, en donde sus amigos lo recibieron con entusiasmo, vivió durante algún tiempo en esta ciudad y en Oggersheim, pueblo inmediato á aquella, en donde escribió *La Conjuración de Fiesco*, y en Francfort, en donde compuso *Delirio y Amor*. Lejos de su familia, sentíase triste y como abandonado. Entonces, por la mediación de Wolzogen, su condiscipulo, conoció á la madre de éste, que poseía una propiedad de escaso valor en Rhöngebirge, que puso á sus órdenes, y en la cual pudo trabajar algún tiempo con relativo descanso, permaneciendo en ella desde el invierno hasta fines de 1782. Aquí trazó el plan de *Don Carlos*. Al medio año de su residencia en este retiro agradable, sus amigos le llamaron de nuevo á Mannheim, en donde, por un año entero, fué poeta del teatro de la misma ciudad. Escribió algunas escenas de *Don Carlos*, que aparecieron en su periódico, titulado *Talia*, y merecieron general aplauso. El Duque de Wei-

mar, que las había oído en la corte de Darmstadt, lo nombró consejero; pero Schiller se ausentó á la sazón de Mannheim, por haberse indispuesto con el personal del mismo teatro.

Dos jóvenes literatos de Leipzig, Huber y Körner, se habían granjeado su amistad por cartas, y el último lo invitó á residir en su compañía, aceptando Schiller su oferta y encaminándose á dicha ciudad, en donde pasó algunos meses felices. Ambos amigos se trasladaron después á Dresde, á donde los siguió nuestro poeta, viviendo allí dos años. De Dresde pasó á Weimar; y Wieland, Göthe y Herder, sus astros literarios más brillantes, lo acogieron con entusiasmo. Estuvo entonces también en Meiningen, domicilio de una hermana suya casada; conoció en Rudolstadt á la familia de Lengsfeld, con la cual lo unieron bien pronto estrechos vínculos de amistad y de amor, hasta el punto de fijar su residencia en Volkstadt, distante solo una media hora de aquella población, para estar más cerca de sus nuevos amigos; y durante el invierno regresó á Weimar, nombrándosele catedrático de historia en Jena, de cuyo cargo tomó posesión en la pascua de Pentecostés de 1789. Antes de transcurrir el año se casó con Carlota Lengsfeld, adornada de prendas relevantes, así físicas, como espirituales y morales.

A poco de contraer matrimonio, enfermó Schiller del pecho gravemente, y aunque se curó entonces, consagrándose de nuevo á sus trabajos, esta dolencia dejó en su organismo huellas perdurables, que lo molestaron constantemente. En esta ocasión escribió su *Historia de la guerra de treinta años*, y estudió con afán la filosofía de Kant. Viajó entonces también por Carlsbad, Erfurt y Dresde, y el Príncipe de Holstein Augustenburgo y el Conde danés Schimmelmann le señalaron por tres años una pensión anual de 4.000 thalers, movidos por la amistad que le pro-

fesaban y por su mérito, y con el noble propósito de aliviar su situación pecuniaria, siempre estrecha y apurada. Invitáronle también á ir á Copenhague, á donde no acudió por el mal estado de su salud, por cuya razón visitó con su esposa á Wurtemberg, para encontrar alivio á sus dolencias y abrazar á sus padres. Acaeció esto en el verano de 1793; y el Duque de Wurtemberg, que tanto lo había atormentado en sus primeros años y que vivía aún, le dejó tranquilo, trocada en admiración su ojeriza anterior.

A su vuelta á Jena, consagróse con nuevo ardor á sus trabajos literarios. A la vez que escribía á *Wallenstein*, publicaba *Las Horas*, uno de los mejores periódicos de aquel tiempo, con la colaboración de Göthe, Herder y otros distinguidos ingenios. Entonces se unió estrechamente con Göthe, porque si bien antes se estimaban uno á otro, ninguno de los dos se mostraba propicio á dar los primeros pasos para convertir en amistad íntima la mutua consideración que se profesaban. Desde esta época pasó Schiller semanas enteras en casa de Göthe; éste lo animaba en sus tareas; y como su salud se había mejorado mucho, datan también de este periodo gran número de sus más célebres composiciones.

El año de 1796 fué uno de los más aciagos de su vida. Murió su hermana más joven, en lo mejor de sus años, y cuando hacía concebir las esperanzas más lisonjeras, y á poco el padre, ya anciano, de ambos. Schiller, como buen hijo, ayudó á su madre con todos los recursos pecuniarios posibles. En la primavera de 1797 compró junto á las puertas de Jena una casita con su jardín, en donde, según su costumbre, escribía hasta una hora avanzada de la noche.

Al cabo de seis años de trabajo terminó su trilogía, *El Campamento de Wallenstein*, *Los Piccolomini*, y *La Muerte de Wallenstein*, que se representó por primera vez

en Jena con grandes aplausos. En seguida se dedicó á la composición de *María Estuardo*.

Por agradable que fuese á Schiller su residencia en Jena, se trasladó en 1800 á Weimar, para vivir en el círculo de su familia y amigos, sobre todo después de haber comprado allí una casa cómoda, aunque pequeña. La muerte de su madre, ocurrida al día siguiente de tomar posesión de su casa, lo afligió con extremo. Con este motivo escribió á su hermana, casada en Meiningen, en los términos que siguen:

«Si bien no he recibido de Luisa (la otra hermana) ninguna noticia posterior de nuestra querida madre, según el contexto de la última cuya sólo puedo ya esperar la que temo ha largo tiempo. Sí; no hay duda que ya no existe mi amada madre; ha sucumbido al fin, y lo que es más triste, debemos alegrarnos por ella, porque han cesado sus padecimientos. ¡Oh hermana mía de mi corazón! Nuestro padre y nuestra madre, que tanto nos adoraban, duermen ya el sueño eterno, y roto yace ese vínculo, el más antiguo que nos encadenaba á la vida. No sabes cuanta es mi aflicción; me parece que me veo aislado en este mundo, aunque me rodean seres que me aman y á quienes amo, y aunque te tenga á tí, buena hermana, todavía, para compartir contigo mis penas y mis placeres. Acerquémonos, pues, más unos á otros, ya que sólo tres quedamos de nuestra familia primera. Jamás olvidas que tienes un hermano amantísimo. Yo recuerdo vivamente los días felices de nuestra adolescencia, cuando todos estábamos juntos. El destino nos ha separado luego; pero nuestro mutuo afecto, nuestra intimidad serán siempre inmutables.»

El Duque de Weimar expidió á su favor en 1802 título de nobleza. Los últimos años de la vida de Schiller fueron los más fecundos en obras dramáticas. *María Estuardo*

apareció en 1800, *La Dencella de Orleans* en 1804, *La Desposada de Messina* en 1803, *Guillermo Tell* en 1804, y al mismo tiempo arreglaba para el teatro el *Macbeth* de Shakespeare, el *Turandot* de Gozzi y la *Fedra* de Racine.

Sus relaciones con muchos nobles y celebridades de Berlín lo llevaron á esta corte en la primavera de 1804. Fué muy bien recibido por todos, y el mismo Rey le hizo las proposiciones más ventajosas para fijarlo allí; pero Schiller no quiso aceptarlas, temiendo que un cambio de clima fuese perjudicial á su salud, prefiriendo vivir en Weimar menos rico.

Su antigua dolencia se agravó entonces, y puso en cuidado á su familia y amigos. Sin embargo, la fiebre catarral que le acometió el 4.º de Mayo de 1805 no tenía en sí gravedad. Sus fuerzas, no obstante, se disminuyeron considerablemente, y el 9 de Mayo se durmió tranquilo para no despertar más. Su muerte fué muy sentida en Weimar, y en toda la Alemania. Aun no tenía 46 años.

Schiller era delgado y alto, con el cuello y los brazos largos, las piernas algo arqueadas, el rostro pálido y con pecas como su madre, la nariz afilada y larga, los labios delgados, el contorno de los ojos un poco inflamados y los cabellos tirando á rojo. En su manera de vestir fué siempre muy descuidado.

Su vida, llena en lo general de amargura, desde su niñez, luchando hasta sus últimos años con la miseria, pero arrastrado siempre hacia la poesía por una vocación irresistible. De noble corazón y de generosos sentimientos, afable y bueno con todos, se hacía amar de cuantos lo trataban. Su ignorancia del mundo y de los hombres le proporcionó, en ocasiones, graves disgustos. Tuvo muchos amigos y admiradores, y contados enemigos. De viva imaginación, de sensibilidad exquisita, versado en historia y en filosofía, de oído armonioso, conocedor de su idioma, de

una laboriosidad extraordinaria, y habiendo florecido en una época favorable al culto de las bellas letras, fué de esos genios de breve vida física sobre la faz de la tierra, é inmortal por sus obras. Aunque escribió mucho en verso y prosa, su fama, justamente adquirida, se funda principalmente en el mérito de sus dramas, y en la sencillez, la frescura, la espontaneidad y la tierna sensibilidad de sus composiciones líricas. Hay mucho que aprender é imitar en las últimas, y estamos convencidos que el día en que así lo haga uno cualquiera de nuestros poetas españoles, ha de distinguirse de los demás sobremanera, y ganar honra y provecho.

II.—Crítica general de sus obras poéticas.

Los orígenes del teatro alemán son los mismos que los de los otros pueblos europeos. La más antigua mención de los misterios se encuentra en la historia décimatercera de Eulenspiegel, de fines del siglo xiv ó principios del xv, y el drama más antiguo escrito, del nuremburgués Haus Rosenblutt, es de mediados del siglo xv. Después florecieron Hans Sachs y Ayrer, representándose sus obras por aficionados, no por actores de profesión, con su prólogo y epílogo, recitados por un heraldo. Los autos ó moralidades son groseros, aunque á veces ingeniosos, llenos de extravagancias, sin acordarse en ocasiones del mundo real; los personajes dicen cuanto se les ocurre, y se presentan cuando se les antoja, y en la forma se aproximan á las moralidades usadas en otras naciones, también con sus seres alegóricos. Su carácter era, sin embargo, popular, y de seguirse por este camino, el teatro alemán se hubiese formado en mejores condiciones.

Pero desde la primera mitad del siglo xvii, Opitz y Gri-

phius, eruditos, comenzaron á traducir é imitar las obras de los antiguos, operetas italianas y dramas franceses, y al flamenco Vondel, empleando el verso alejandrino, variando con frecuencia el lugar de la acción, con entremeses musicales, aunque sin conocimiento de la escena. Se duda, pues que se representaran, así como las tragedias de Lohenstein, de longitud desmesurada. El estado del teatro alemán, por tanto, á fines del siglo xvii y en el primer tercio del xviii era deplorable en sumo grado, no sirviendo para levantarle de su postración ni las frías composiciones de Gotsched, ni los esfuerzos de la actriz y escritora Neuber, ni la restauración en las tablas, hecha por ambos, del Hanswurst, ó gracioso, payaso ó polichinela alemán. Gotsched y su escuela, y sobre todo Gellert, se dedicaron á traducir é imitar dramas franceses, exagerando hasta lo infinito su natural afectación y amaneramiento. Tradujéronse también las comedias danesas de Holberg, que se distinguen por sus cuadros de costumbres de verdadero color local, por su manera original de representar los absurdos, la extravagancia y estupidez humana, por sus motivos y situaciones cómicas, no así en cuanto al enredo ó la intriga, de escaso mérito, por cuya razón, y por necesitar sus obras de buenos actores, poco comunes en Alemania, no se han sostenido en el teatro. Algunas originales de Gellert y de Elias Schlegel son dignas de mención, si bien en lo general nos parecen pesadas y poco interesantes. El mismo Elias Schlegel, y después Cronegh y Weise imitaron con acierto algunas tragedias francesas, á pesar de lo insostenible de sus versos alejandrinos. Tal era, pues, el repertorio del teatro alemán, con alguna que otra traducción ó imitación de Goldoni, cuando aparecieron Lessing, Göthe y Schiller.

Los primeros ensayos de Lessing fueron poco importantes, contaminado con el mal gusto de la época y sin recordar ni anunciar siquiera su talento. Su *Miss Sara*